

Steven Galloway

El violonchelista de Sarajevo

Traducción de Nuria Salinas



El Aleph Editores

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Título original inglés: *The Cellist of Sarajevo*
© Steven Galloway, 2008

Primera edición: octubre de 2008
© de la traducción: Nuria Salinas Villar, 2008
© de esta edición: Grup Editorial 62, S. L. U.
El Aleph Editores,
Peu de la Creu, 4, 08001 Barcelona
correu@grup62.com
www.grup62.com

Fotocompuesto en Víctor Igual, S. L.
Impreso en Egedsa
Depósito legal: B. 30.770-2008
ISBN: 978-84-7669-831-0

El Sarajevo que aparece en esta novela es sólo una
pequeña parte de la ciudad real y sus gentes,
según la ha imaginado el autor. Ésta es, por
encima de todo lo demás, una obra de
ficción.

*Es probable que no te interese la guerra,
pero a la guerra sí le interesas tú.*

LEON TROTSKY

El violonchelista

Descendía envuelto en un alarido, rasgando el aire y el cielo sin esfuerzo. El blanco aumentó de tamaño, cada vez mejor enfocado por el tiempo y la velocidad. Hubo un último instante antes del impacto en que las cosas aún fueron como habían sido. Luego, el mundo visible explotó.

En 1945, un musicólogo italiano encontró cuatro compases de una partitura para contrabajo, la partitura de una sonata, en los restos de la biblioteca de música de Dresden, arrasada con bombas incendiarias. Creyó que esas notas eran obra del compositor veneciano del siglo XVII Tomaso Albinoni, y dedicó los siguientes doce años a componer una pieza más larga a partir de aquel fragmento manuscrito y abrasado. La composición resultante, conocida como el Adagio de Albinoni, apenas guarda parecido con la mayor parte de la obra del compositor y muchos eruditos la consideran fraudulenta. No obstante, incluso aquellos que dudan de su autenticidad carecen de argumentos para rebatir su belleza.

Casi medio siglo después, es esta contradicción lo que atrae al violonchelista. Que algo pudiera haber estado a punto de dejar de existir en el paisaje de una ciudad en ruinas y que después fuese reconstruido en otro algo nuevo y valioso le insufla esperanza. Una esperan-

za que, ahora, es una de las pocas cosas que les quedan a los ciudadanos de un Sarajevo sitiado, cosas que, para muchos de ellos, disminuyen con cada día que pasa.

Y así, hoy, como todos los días en la memoria reciente, el violonchelista se sienta junto a la ventana de su apartamento, en la segunda planta del edificio, y toca hasta que siente que la esperanza regresa. Raramente toca el Adagio. La mayoría de los días consigue sentir que la música le rejuvenece con la misma facilidad como si estuviese repostando gasolina con el coche. Pero otros no ocurre lo mismo. Si, tras varias horas, ve que la esperanza no regresa, hace una pausa para recomponerse, y luego él y su violonchelo rescatan pacientes el Adagio de Albinoni del arrasado museo de Dresden y lo trasladan a las calles de Sarajevo, horadadas por el mortero e infestadas de francotiradores. Para cuando las últimas notas se desvanecen, su esperanza está ya restablecida, pero cada vez le resulta más arduo recurrir al Adagio, aunque se vea obligado a hacerlo, porque sabe que su efecto es finito. Sólo queda una cantidad concreta de adagios en él, y no comentará la imprudencia de malgastar esta valiosa moneda de cambio.

No siempre había sido así. Poco tiempo antes, la promesa de una vida feliz parecía inviolable. Cinco años atrás, en la boda de su hermana, había posado para una fotografía de familia, con el brazo de su padre alrededor del cuello, los dedos aferrados a su hombro. Le apretaban con fuerza, y para algunos incluso habría resultado doloroso, pero para el violonchelista era justo lo contrario. Los dedos en su carne le comunicaban que era amado, que siempre lo había sido, y que el mundo era un lugar donde, ante todo lo demás, las cosas buenas encontrarían el modo de penetrar en uno y alojarse en su interior. Aunque era esto lo que creía,

pronto habría renunciado prácticamente a todo por poder retroceder en el tiempo y ralentizar aquel momento, como si así después fuera a poder recordarlo con mayor claridad. Desea volver a sentir la mano de su padre en el hombro.

Sabe que hoy no será un día de Adagio. Sólo ha pasado media hora desde que se sentó junto a la ventana, pero ya se siente un poco mejor. Fuera, una hilera de personas esperan para comprar pan, y él se plantea si no debería sumarse a ella. Muchos de sus amigos y vecinos están en la cola. Decide no hacerlo, por el momento. Aún tiene trabajo.

Descendía envuelto en un alarido, rasgando el aire y el cielo sin esfuerzo. El blanco aumentó de tamaño, cada vez mejor enfocado por el tiempo y la velocidad. Hubo un último instante antes del impacto en que las cosas aún fueron como habían sido. Luego, el mundo visible explotó.

Cuando las bombas de mortero destruyeron la Ópera de Sarajevo, el violonchelista se sintió como dentro del edificio, como si los ladrillos y el vidrio que componían la estructura se convirtiesen en proyectiles que le golpeaban y le perforaban, dejándolo triturado e irreconocible. Era el primer violonchelista de la Orquesta Sinfónica de Sarajevo. Eso era lo que sabía ser. Había convertido la idea de la música en una realidad. Cuando salía al escenario con el esmoquin, se transformaba en un instrumento de entrega. Entregaba a las personas que acudían a escucharle lo que más amaba en el mundo. Era un hombre tan firme como la mano de su padre.

Ahora ya no le importa si alguien le oye tocar o no.

Su esmoquin cuelga en el armario, intacto. Las armas apostadas en las colinas que rodean Sarajevo le han desmontado, como han hecho con el edificio de la Ópera, como han hecho con el hogar de su familia, de noche, mientras sus padres dormían, como acabarían haciéndolo, al cabo, con todo.

La geografía del cerco es simple. Sarajevo es una larga franja de tierra plana rodeada de colinas por todos los costados. Los hombres de las montañas controlan la totalidad de las tierras altas y la península llana del centro de la ciudad, Grbavica. Disparan proyectiles y bombas de mortero, obuses y granadas al resto de la ciudad, que está siendo defendida con un tanque y pequeñas armas de mano. La ciudad está siendo destruida.

El violonchelista no sabe lo que está a punto de ocurrir. Inicialmente, ni siquiera es consciente del impacto de la bomba. Durante largo tiempo, permanece junto a la ventana y mira. Entre la carnicería y la confusión repara en el bolso de una mujer, empapado en sangre y salpicado de fragmentos de cristal. No sabe de quién es. Entonces agacha la mirada y ve que ha dejado caer el arco al suelo y, de algún modo, le parece que existe una gran conexión entre ambos. No entiende qué clase de conexión es, pero la certeza de que existe le impele a desvestirse, acercarse al armario y sacar el esmoquin de la bolsa de plástico de la lavandería.

Pasará toda la noche y el día siguiente junto a la ventana. Luego, hacia las cuatro de la tarde, veinticuatro horas después de que la bomba cayera sobre sus amigos y vecinos mientras esperaban para comprar pan, se agacha y coge el arco. Baja con su violonchelo y un taburete por la estrecha escalera y sale a la calle desierta. La guerra sigue desatada a su alrededor y él se sienta en el pequeño cráter que la bomba ha abierto en el

lugar del impacto. Toca el Adagio de Albinoni. Lo hará a diario durante veintidós días, un día por cada persona asesinada. O, cuanto menos, lo intentará. No está seguro de que vaya a sobrevivir. No está seguro de que le queden suficientes adagios.

El violonchelista aún no sabe nada, se sienta junto a la ventana, al sol, y toca. Aún no lo sabe. Pero ya no hay vuelta atrás. Descendía envuelto en un alarido, rasgando el aire y el cielo sin esfuerzo. El blanco aumentó de tamaño, cada vez mejor enfocado por el tiempo y la velocidad. Hubo un último instante antes del impacto en que las cosas aún fueron como habían sido. Luego, el mundo visible explotó.